



## Sin título, indicadores significativos del desarrollo económico del país en 1967 y futuro inmediato previsible en general y por regiones

Manuel Espinosa Yglesias

Autor: Manuel Espinosa Yglesias

Tipo de documento: ponencia

Título: Sin título, indicadores significativos del desarrollo económico del país en 1967 y futuro inmediato previsible en general y por regiones

Fecha: diciembre de 1967

Lugar: sin especificar

Audiencia: no especificada

Clave de clasificación: II.A.3.a/1967-12

Caja: 38

Palabras clave: desarrollo económico, inflación, balanza de pagos, inversión pública

El próximo abril, México cumple 14 años de estabilidad cambiaria. En este mes de diciembre, la economía mexicana celebra 35 años de crecimiento ininterrumpido de sus volúmenes de producción de bienes y servicios; dicho de otro modo, de 1933 a 1967, la producción ha aumentado, año con año, sin excepción. Este año de 1967 festejamos otros acontecimientos, igualmente significativos: nuestra producción por habitante, por ejemplo, rebasará por primera vez la cifra de 500 dólares; nuestra población superó ya los 45 millones de personas; el número de escuelas primarias llegó a más de 40 mil unidades; la generación de electricidad pasó de 20 mil millones de kilovatios-hora; la longitud de las carreteras excedió 65 mil kilómetros; la producción de lingote de acero posiblemente sumará más de tres millones de toneladas, y la producción de cemento para estas fechas ya habrá rebasado los 5 millones de toneladas.

México, por tanto, con paso firme y apresurado, siguió avanzando. La velocidad y la solidez de nuestro desarrollo nos ha colocado entre los 4 o 5 países más dinámicos del mundo occidental y —al menos en un futuro previsible— todo apunta hacia una continuación de esta tendencia. En un mundo agobiado por tensiones y presiones de todos tipos, estoy convencido de que nuestro país, con todo y sus muchos problemas, constituye un auténtico remanso de prosperidad.

Un examen del comportamiento de la economía durante el año de 1967 puede resultar útil para proporcionar una introducción a lo que los próximos 12 meses deparan a nuestro país. Los elementos actualmente disponibles permiten apenas una evaluación superficial, y en muchos sentidos, preliminar. Lo que sigue, pues, más que un análisis, es simplemente una recopilación de indicadores significativos.

A juzgar por esta información, el año que termina en este mes de diciembre arrojará un balance económico favorable en términos generales. La producción total de bienes y servicios probablemente aumente a una tasa no muy distinta, si bien algo inferior, a la registrada en 1966, cuando el incremento, eliminada el alza de precios, fue de 7.5%. Como ya es usual, también en 1967 las industrias de transformación y de energía eléctrica, acompañadas esta vez de la industria de la construcción y del petróleo, constituyeron la punta de flecha de nuestro desarrollo. Esto se desprende de las cifras que se tiene para los primeros 8 o 9 meses del año: 11.5% de aumento en la producción de lingote de acero; 10% en varilla corrugada; 14.7% en cemento; 18.5% en ácido sulfúrico; 12% en fibras químicas; 12.5% en la generación de energía eléctrica; 11.1% en gasolina refinadas; 11.3% en gases naturales.

Se estima que el sector agropecuario también registrará elevaciones de sus niveles de producción, si bien a un ritmo inferior. La agricultura, gracias en parte

a cosechas sin precedente de maíz, sorgo, naranja y caña de azúcar, así como a incrementos sensibles de la producción de café, trigo, arroz, alfalfa, tomate y otros productos menores, es probable que aumente en una proporción más alta que en 1966. El algodón, sin embargo, fue un nubarrón importante en el panorama agrícola nacional: en el presente ciclo, por segundo año consecutivo, la producción algodonera disminuyó. Las plagas en el Valle de Mexicali y las perturbaciones climáticas en Tamaulipas ocasionaron pérdidas considerables.

La pesca parece haber sido otro punto luminoso en la actividad agropecuaria. Salvo contados productos, entre los que se encuentran el mero y el abulón, parece haber subido apreciablemente la captura de las especies pesqueras que se explotan comercialmente en México. Alentada por precios sumamente favorables en el exterior, la producción de camarón —con mucho la especie más significativa— probablemente alcanzará niveles bastante más altos que el año anterior.

La intensificación de la actividad económica fue sustentada en buena medida por nuevos incrementos de la inversión fija. Se calcula que, al terminar el año, ésta habrá aumentado algo más del 10% en relación con 1966 y seguirá siendo la inversión privada la que haya contribuido con la parte más importante de la cifra total. En México, el proceso de capitalización interna lo realiza básicamente el sector privado; es difícil que cambie esta situación.

Los precios, mientras tanto, han acusado algunos aumentos. En octubre de 1967 y el mismo mes del año anterior, los precios al mayoreo ascendieron 2.7%; si se compara el promedio de los 8 primeros meses de 1967 con el dato correspondiente de 1966, la elevación resulta 3.0%. Subieron principalmente los artículos de consumo y —dentro de ellos— las legumbres, las frutas, los productos animales, las bebidas, el vestido y las telas. Disminuyeron, en cambio, las grasas y los artículos eléctricos de uso en el hogar.

El comportamiento de los precios es menos satisfactorio que en 1966. Aunque no por mucho margen, los aumentos de 1967 son superiores: comparando el promedio de los 8 primeros meses de 1966 con la cifra pertinente de 1965, el incremento fue de apenas 1%. Esta elevación es bastante inferior a la de 3% que se observó durante el mismo periodo de 1967. En cierto sentido, es pues una llamada de atención.

Sin embargo, no es mayormente inquietante por ahora. Los movimientos de precios de un país determinado sólo cobran relevancia si se les contrasta con los de otras naciones. Puede ser que México encare problemas de tipo de cambio, a pesar de tener una estabilidad total de precios, si éstos descienden marcadamente en los demás países. Puede también pasar que, no obstante cierta tendencia inflacionista, el tipo de cambio se fortalezca por el hecho de que aquélla es menos severa que la que están padeciendo otras zonas.

Esto último es lo que, más o menos, ha venido sucediendo en meses recientes. Los incrementos de precios nacionales, aunque más altos que en 1966, han resultado comprobables o más bajos que los aumentos registrados en los países que comercian o compiten con México en los mercados internacionales. Los Estados Unidos, el Reino Unido, Suiza, Alemania, Canadá, Italia, España y —por supuesto— una gran parte del mundo subdesarrollado, se encuentran en esta situación. No hay, pues, motivo de preocupación: ni hemos encarecido nuestras exportaciones a causa de la inflación interna, ni hemos abaratado exageradamente nuestras importaciones. El peso sigue sólido.

El desempeño de algunos de los renglones de la balanza de pagos durante los últimos meses confirma lo anterior. En los primeros 3 trimestres de 1967, la exportación mexicana de mercancías llegó a unos 840 millones de dólares; es decir, alrededor de 30 millones menos que en 1966. La baja, no obstante, obedeció fundamentalmente a los descensos de producción de algodón, a la falta de disponibilidades exportables de ganado y carne, a problemas de cuota en el café y las fresas, y a debilitamientos de los mercados internacionales, como en el plomo y el zinc. Otros productos, notablemente el azúcar, el maíz, el camarón, el azufre y el tomate, acusaron aumentos de consideración.

Al tiempo que las exportaciones de mercancías bajaban 3.5% en los primeros nueve meses del año, las importaciones subían 10.8%, hasta unos mil 300 millones de dólares, compuestos básicamente de productos químicos, maquinaria y material de transporte. El déficit comercial, por tanto, aumentó de aproximadamente 295 millones de dólares en los primeros 3 trimestres de 1966 a 450 millones en igual periodo de este año.

La ampliación del déficit obedece primordialmente a una elevación muy considerable de las importaciones del sector público, en especial Petróleos Mexicanos, Comisión Federal de Electricidad, las empresas de aviación y algunas otras compañías estatales. Se tiene confianza, sin embargo, en cerrar la brecha para fines de año, vía menores importaciones e incrementos de nuestras ventas en el exterior. Se espera, en particular, acelerar la colocación de algodón en estos últimos meses de 1967, aprovechando el precio tan atractivo que hoy rige en los mercados internacionales. En estas condiciones, las exportaciones es probable que lleguen a unos mil 250 o mil 300 millones de dólares y las importaciones, como lo anunció recientemente el Lic. Campos Salas, a mil 700 millones.

No es posible ser igualmente preciso en lo que respecta a los demás conceptos de balanza de pagos. El saldo turístico seguirá creciendo en beneficio de México, de unos 382 millones de dólares en 1966 a más de 400 millones en 1967. La inversión extranjera directa hará lo propio y este año posiblemente alcance un nivel sin precedente en la historia del México moderno. Los créditos internacionales, mientras tanto, probablemente arrojarán cifras menores en 1967, tanto en lo que respecta a nuevas disposiciones de préstamos, como lo que toca a amortizaciones. El saldo neto, sin embargo, posiblemente resulte muy semejante a los 100 millones de dólares de 1966.

Seguirá aumentando el costo del endeudamiento con el extranjero: los intereses sobre préstamos y los rendimientos de la inversión extranjera directa, que en 1966 representaron un costo de unos 330 millones de dólares, posiblemente se aproximarán a los 350 millones en 1967.

La combinación de estas tendencias probablemente afectarán muy poco las reservas internacionales del Banco de México. Es factible incluso que las tendencias de oro, plata y divisas aumenten ligeramente para así fortalecer el apoyo al peso y la liquidez internacional de la economía mexicana. Al finalizar 1966, las reservas primarias amparaban unos cuatro meses y medio de importaciones. Es posible que esta proporción se mantenga en 1967, a un nivel más alto de las importaciones.

Tal es, a grandes rasgos y explorando sólo algunos temas muy generales, el desempeño previsible de la economía en el año que está a punto de terminar. Sin embargo, en 1967 el desarrollo tuvo ciertas peculiaridades que pueden tener una

gran significación futura, especialmente en 1968.

La primera fue la introducción de ciertos controles presupuestales sobre la inversión pública. Según los nuevos procedimientos, la inversión autorizada y no ejercida durante el periodo para el cual se otorgó el permiso, queda automáticamente cancelada. Con esto se ha evitado que se arrastren de un año a otro, una serie de gastos que en determinado momento podrían ejercer efectos perjudiciales. Se ha logrado, así, un control más efectivo de la inversión pública.

La segunda peculiaridad es quizás más trascendental. En los primeros meses de 1967, la economía creció con rapidez, probablemente con demasiada rapidez, y los precios pronto comenzaron a resentir el impacto. Ante esta situación, el gobierno decidió moderar su actuación y, por decirlo así, aminorar la marcha. Particularmente en la última parte del año, las autoridades federales pospusieron diversas obras, con el impacto consiguiente en la industria de la construcción y en otras actividades relacionadas.

En realidad, el gobierno del Presidente Díaz Ordaz ya había aplicado antes esta política, pero en 1967 lo hizo al parecer con gran agilidad. Convencidas de que no se puede crecer a jalones, persuadidas de que los periodos de auge exagerado de la economía mexicana siempre han acabado en devaluaciones o en disminuciones bruscas de nuestro ritmo de desarrollo, las autoridades actuales parecen decididas a lograr un crecimiento más o menos uniforme, con el mínimo de tensiones y de presiones inflacionarias. Se trata de crecer, pero no de hacerlo a cualquier costo.

Esto tiene relevancia, y mucha, en 1968. A juzgar por todos los indicadores de que se dispone, el año próximo ofrece un panorama sumamente favorable. De hecho, hacía mucho tiempo que no se tenían perspectivas tan halagadoras de aumentos de producción en casi todos los órdenes. Pero hacía mucho tiempo también que no se corría un peligro semejante de sobrecargar el funcionamiento de la economía, generando en el proceso agudas presiones inflacionarias.

Todo apunta, por ejemplo, a que 1968 será un estupendo año agrícola. Las lluvias de 1967, no sólo humedecieron y prepararon las tierras, sino que llenaron las presas. Los distritos de riego y buena parte de las zonas de temporal, salvo percances imprevistos, pueden esperar pues, cosechas elevadas. El maíz, el frijol, la caña de azúcar, el sorgo y las frutas probablemente arrojarán, entre otros, incrementos muy significativos.

Hay más, sin embargo: recientemente, los precios del algodón han empezado a reaccionar sensiblemente. Una demanda en crecimiento continuo, aunada a una oferta aletargada, poco a poco han venido provocando una escasez progresiva de la fibra. Hasta las reservas de los Estados Unidos, enormes apenas hace unos años, han alcanzado niveles por demás exiguos.

Hasta ahora México se ha beneficiado menos de lo que pudiera desearse. Las bajas de producción de los últimos ciclos y los aumentos del consumo interno, han disminuido las disponibilidades de exportación. Es probable que esto cambie en 1968. Existe interés por aumentar las zonas de cultivo y no parece exagerado suponer que en el próximo ciclo se rebasará la cifra de 2.5 millones de pacas. Esto, amén de incrementar el ingreso de divisas, desparramará considerablemente sumas de dinero en el medio rural, puesto que el cultivo del algodón es de los que más mano de obra utilizan.

La pesca, ante la fortaleza de la demanda norteamericana de camarón y langosta, es posible que arroje igualmente avances de consideración. Lo propio debe suceder con la ganadería, que encara una demanda considerable, tanto en el país, como en el extranjero. Existen incluso indicios de que sectores tan poco dinámicos como la avicultura y la porcicultura mejorarán su situación.

Las actividades forestales recibieron un fuerte impulso en 1967, con el levantamiento de la veda forestal en Durango. Al saberse la noticia, el Estado rápidamente se ha convertido en un enjambre. Abundan los proyectos, el deseo de trabajar y el optimismo. Los primeros frutos se empezarán a recoger en 1968, no solo en Durango, sino en todos los Estados que ahora pueden ya tener esperanzas de una explotación racional y provechosa de sus bosques.

Casi no hace falta especular sobre la industria. Parece crecer por inercia. Sin embargo, un buen año agrícola casi siempre constituye un impulso adicional, particularmente para la industria ligera. Las ramas textiles y del vestido, la alimentación, la del calzado y otras similares, así como las de fertilizantes e insecticidas y maquinaria agrícola, es probable que eleven el próximo año sus niveles de operación. No se ve, por otra parte, ningún obstáculo de significación al desarrollo continuado de la industria pesada.

Ante un cuadro de esta naturaleza, el comercio tendrá que beneficiarse, al igual que los demás servicios. La Olimpiada de octubre próximo ejercerá un efecto favorable adicional, especialmente en ciertas plazas. Se estima que durante los juegos se hospedarán unas 150 mil personas en hoteles, casas y campos de trailers. En el cálculo anterior están incluidos Acapulco, Cuernavaca, Cuautla, Puebla y el Distrito Federal. También se incluyen Monterrey, León y Guadalajara, plazas en que se efectuarán juegos de fútbol. Además, se espera que a lo largo del año aumente sensiblemente el turismo extranjero en todo el país. Los datos que he podido averiguar de reservaciones para zonas como el sureste o el noroeste, parecen confirmar esta esperanza.

Sin embargo, hay problemas en el panorama económico de 1968. Está, por lo pronto, a punto de darse a conocer el nuevo salario mínimo que regirá en el bienio 1968-1969. Aunque el aumento no será exagerado —probablemente entre 10 y 15%— se ejercerá determinada presión sobre los costos y los precios. Parece, no obstante, que la Secretaría de Industria y Comercio, a través del manejo del arancel de las cuotas, vigilará estrechamente que los incrementos de salarios no repercutan en el consumidor, vía precios más altos, con demasiada severidad.

La elevación del salario mínimo provocará aumentos paralelos de los sueldos que el gobierno federal paga a sus empleados. Por otra parte, un buen año agrícola, como el que se espera en 1968, invariablemente se traduce en gastos de apoyo mayores por parte de Conasupo y los bancos agrícolas, y en transferencias más altas del gobierno federal a estos organismos.

Ambas cosas producirán aumentos considerables de los gastos corrientes federales. Como los ingresos corrientes no ascenderán con tanta rapidez, por la sencilla razón de que dependen en buena medida de los niveles de actividad de 1967, que, aunque sólidos, no resultaron espectaculares; los remanentes para inversión pueden resultar bajos. En estas condiciones, los presupuestos de obras pueden disminuirse o, en el mejor de los casos, condicionarse a que un personaje se financie, no con recursos fiscales, sino con créditos.

Sin embargo, los mercados de crédito no estarán precisamente holgados de fondos. El Dr. Opie ya nos explicó la situación previsible de los mercados internacionales, con disponibilidades relativamente bajas y tipos de interés altos. Posiblemente la situación sea más favorable en el ámbito interno, pero no mucho. Ante todo, las autoridades monetarias difícilmente permitirán incrementos exagerados de la liquidez del sistema financiero. Además, en un año como el que viene, el sector privado ejercerá una demanda considerable de fondos. No es posible que, por prestársele al gobierno, disminuyan peligrosamente las disponibilidades para la empresa privada.

Recientemente, en una entrevista de prensa, se le preguntó al señor Presidente si el gobierno federal haría un nuevo aeropuerto para la Ciudad de México. El alto funcionario —amén de decir que por ahora no es indispensable— dijo: «Este aeropuerto no lo hago, porque ¿de dónde voy a sacar el dinero?». Esta aseveración es factible que se repita con cierta frecuencia durante 1968.

Si hay, pues, alguna amenaza en 1968, ésta consiste en una posible intensificación de las presiones inflacionarias. El gobierno tenderá a actuar entonces, tal como lo ha hecho en otras ocasiones, como moderador de la actividad económica recortando gastos, afinando controles y estrechando su vigilancia. El Departamento del Distrito tiene ya un programa ambicioso de inversiones para el año que entra. Lo mismo sucede con algunos gobiernos estatales y con ciertas empresas oficiales. Le toca al Gobierno Federal y a algunas de sus empresas actuar compensatoriamente, en parte porque se avecina un año de auge y en parte porque los recursos disponibles parecen no ser suficientes para un aceleramiento de las obras públicas.

Por lo demás y a guisa de resumen, la economía, impulsada básicamente por el sector privado, es probable que tenga un año muy estimulante, es arriesgado citar cifras, pero con la experiencia de los últimos años, un incremento real entre 7.5 y 8% del producto nacional bruto no parece descabellado. La mayoría de sus componentes principales participaría de esta elevación.

Se cree que en 1968 las cuentas internacionales de México, revelarán un panorama más favorable. Las exportaciones, en especial las agrícolas posiblemente aumentarán con más rapidez que las importaciones. Los ingresos turísticos probablemente arrojarán tasas de aumento sin precedente, si bien lo propio puede suceder con los egresos. Las entradas de capital, por último, particularmente los créditos, es posible que disminuyan.

No quiero terminar, sin antes dar un panorama —aunque sea somero— de las perspectivas de las zonas principales de provincia. Se espera, por ejemplo, una situación favorable en el noroeste: el cultivo de algodón y tomate ofrece buenas posibilidades, al igual que la pesca. La ganadería seguirá avanzando. La rehabilitación del Valle de Mexicali —que comenzará en 1968— beneficiará considerablemente a la agricultura y a la industria de la construcción. A juzgar por el entusiasmo existente, las industrias de maquila de Baja California, que tanto crecimiento tuvieron en 1967, seguirán multiplicándose. El turismo, por último, probablemente incrementará en 1968 su ritmo de crecimiento, en especial en las dos Baja Californias.

La zona que comprende Durango, la Comarca Lagunera, Chihuahua y Coahuila es posible que arroje muchos más aspectos positivos que negativos en 1968. Se tiene asegurado el riego por varios años, el auge algodonero beneficiará

a la Comarca y a Chihuahua; el levantamiento de la veda forestal, a Durango, y el reforzamiento de la actividad industrial, a ciertas zonas de Coahuila y del propio Chihuahua. Las industrias de maquila pueden ser aquí particularmente importantes. No obstante, hay problemas: plagas en la agricultura de Chihuahua, pocas inversiones industriales en la Comarca, estancamiento en la ganadería de Durango.

La región de Nuevo León y Tamaulipas ofrece perspectivas disparejas. La zona industrial de Monterrey seguirá adelante, entrarán en 1968 a operar las ampliaciones hechas a varias de las plantas existentes; así como una serie de nuevas empresas. El contrabando se está combatiendo con decisión y esto puede beneficiar al comercio y, por supuesto, a la industria misma. En la agricultura, no obstante, se plantea una sobreproducción nacional de naranja, que puede resultar perjudicial para las regiones citrícolas de ambos Estados.

En el sur de Tamaulipas, el ciclón Beulah ocasionó perjuicios a las cosechas de maíz y de algodón y se teme que el año que entra falten créditos para refaccionar una producción agrícola que por segundo año consecutivo se vió afectada por un desastre. El norte, en cambio, no sufrió mayormente los efectos del ciclón, por cuanto a que las cosechas ya se habían recogido, y hay optimismo. Hay igualmente optimismo en lo que respecta al desarrollo industrial.

En la región occidental de México —que incluye Jalisco, Nayarit, Michoacán y Colima— se tiene confianza de que 1968 resultará mejor que 1967. La humedad de las tierras parece asegurar cosechas altas, en especial de maíz, caña de azúcar, frijol y chile. Hay problemas de mercado, sin embargo, en lo que respecta al tabaco, el plátano y a la copra. El limón de Colima, por el contrario, tiene una situación de mercado alentadora.

Las posibilidades industriales de la zona siguen mejorando, en especial en Guadalajara y sus alrededores. Además, se seguirán determinadas obras de alta prioridad económica como la carretera a Puerto Vallarta y las instalaciones del nuevo puerto en Manzanillo. Se cree que la primera estará terminada en 1968, en tanto que el puerto, en 1969.

Con la excepción de Zacatecas, donde se prevé estancamiento, en el resto del centro del país se espera un año más favorable. La humedad de las tierras, en realidad, constituye motivo de gran optimismo en el campo agrícola del Bajío, de San Luis Potosí y del Estado de México. Además, se han estado haciendo nuevas obras de riego.

En esta zona, la ganadería lechera y de abasto se ha venido reforzando y lo propio ha hecho la industria de Bajío, de Querétaro y de Hidalgo. Hasta a San Luis Potosí, que nunca se había caracterizado por ser un polo de atracción de industrias, poco a poco están llegando nuevas empresas.

En Veracruz y en Puebla hay también optimismo. La agricultura parece que tendrá un buen año. Lo propio parece que sucederá con la ganadería y la pesca veracruzanas, alentadas ambas por precios atractivos. En las dos entidades, pero quizá más en Puebla, la industria seguirá fortaleciéndose, incluyendo en ella a la industria de la construcción. Se proyecta en Veracruz, además, proporcionar una serie de incentivos a los industriales para que establezcan nuevas empresas.

La zona de Morelos, Guerrero y Oaxaca contempla algunos nubarrones. Oaxaca, agobiada en parte por problemas cafetaleros, probablemente avanzará poco en 1968. Además, los copreros de Guerrero pueden tener dificultades de mercado. Como puntos favorables, mucho más significativos quizás, destaca la

industrialización progresiva de Morelos y el sensible aumento del turismo que se prevé en Cuernavaca, Taxco, Acapulco y otros lugares de la zona, en 1968.

El sureste ofrece igualmente un cuadro disparejo. Campeche, Chiapas, Tabasco y Quintana Roo, impulsados por la ganadería, la pesca, la explotación de maderas y en menor grado la agricultura, seguirán avanzando, probablemente más rápido que en 1967. En Chiapas y Tabasco se espera que el gasto público constituya un impulso adicional. Hay obstáculos, sin embargo: el café de Chiapas encara dificultades, lo mismo que el cacao de Tabasco y del propio Chiapas, y el chicle de Campeche. El camarón, a pesar de sus perspectivas alentadoras en los mercados internacionales, tiene problemas para aumentar la captura.

En Yucatán, todo depende del henequén. Se espera que el precio internacional mejore, pero nada puede asegurarse. El sisal de los países de la zona esterliana ha bajado de precio y esto puede afectar a Yucatán. De ser así, Yucatán, a pesar de los avances que registrarán la ganadería y la pesca, tendrá dificultades en 1968.

En la pesca yucateca ha sucedido algo curioso. Según se me ha informado, el ciclón Inés de 1966 aparentemente cambió el cauce de la corriente del Golfo y los mantos pesqueros se alejaron de las costas yucatecas. El ciclón Beulah parece haber corregido de nuevo su dirección y la pesca quizá pueda recuperarse. Nadie hubiera podido prever esto en 1965, o a principios de 1967, como nadie puede tampoco prever mucho de lo que sucederá en México en 1968.